

# CREACIÓ LITERÀRIA

¿Cómo explicar que el viento  
acariciaba mi mejilla,  
que con feroz dulzura  
levantaba los bajos de mi falda  
inclinando los juncos y el espino,  
las jaras y la cola de caballo?

El viento.

El bajo descosido de mi falda.

Las jaras y la cola de caballo.

Un arrendajo cruza en vuelo suave  
este bosque de encinas y  
todo lo sentido  
me parece al pensarlo  
verdadero.

**De la botánica oculta (o en recuerdo de la historia de Sibila y Pierina condenadas a morir en la hoguera en la plaza de San Eustorgio de Milán, en el verano de 1390; o “Ir libremente entre sueño y realidad” según lo explica la filósofa Luisa Muraro)**

Ya me sé de memoria  
los nombres de las flores  
y las plantas  
que crecen junto al río.  
Ya distingo de lejos  
la sombra de las hojas de los árboles  
de toda la vereda  
de la Estrella.  
Para este mes, te digo:  
la rama de serbal  
nos dará claridad  
sobre nosotras mismas.  
Las bayas y cortezas de este árbol  
en un saco de cuero  
protegerán tu casa  
de gente indeseable.  
Para lo que me cuentas,  
la madera de fresno  
en polvo y finamente machacada  
a luz de la luna cercana  
a la influencia de saturno,  
hará que nazca en ti  
la voluntad que buscas.

¡Espera!  
No olvides de llevarte el perejil  
y dáselo a tu hermana  
para lo que ya sabes.

Nieves  
Muriel

## De nuevo luna roja

de golpe

ya

de nuevo.

La vieja lentitud de la marea

debajo

de

mi

vientre

## **Siesta de la amazona**

Tumbada en el bordillo de la alberca  
roza su mano el agua casi helada.  
Las algas, las arañas,  
las ardillas del sueño  
veloces como peces,  
mientras duerme agotada  
tras la noche en el bosque.

**De lo que permanece y la virtud que da a la piel el agua de  
algunas flores**

*¿Quién me arrebatará este abril el olor de las rosas, su fuga  
entre las rejas del callejón del Ángel, la altura de sus ramas  
alcanzando la tapia del patio de las monjas de aquella tarde a  
solas y contigo?*

**Una amiga me ha pedido que escriba este poema y me presente. Algo así: “Poema o postautorretrato de una mujer de apariencia mujer; cyborg pero muy “hermosa”, dixit Quevedo, o al modo de los retratos dieciochescos pintados por Élisabeth Vigée Le Brun”**

Soy la mujer biológica más lenta de este lado del río.

Soy lenta y fui locuaz.

Infiel. Desobediente.

Y no alcanzaba nunca las palabras.

Soy biológicamente una mujer —lo que se ve— y ontológicamente hablando soy miles superpuestas en otras dimensiones. Busco caminos con corazón y sin fuego, veredas desbrozadas y vueltas a cubrir por las sombras del miedo, sin miedo y sin palabras.

Por que amo a las mujeres y a los hombres, mi amiga me ha pedido que escriba este poema. Aunque, a veces, ya le he dicho, amo más a los pájaros y a las piedras; a los peces que guían cada tarde mis juegos por el río.

Es cierto: Me gustan las mujeres que no son como las rosas. Tocarlas. Apretarlas. Sentir su pecho junto al mío y el latido del pájaro que duerme en sus pezones.

De los hombres, biológicamente hablando, me gustan los hombres que son como las rosas. Tocarlos. Apretarlos. Sentir su pecho junto al mío y el latido del pájaro que esconden sus pezones.

Poco más.

¡Ah, sí!

Mi amiga me ha pedido que lo escriba:  
Ser lenta es la virtud que me distingue.

**CHECKPOINT FARKHANA**

[O apuntes extraídos del cuaderno de sueños de mi amiga Yamila de Mariouary y un deseo mío muy viejo, que anoté hace ya tiempo bajo un árbol y que a veces me busca y me persigue]

Cruzarme la frontera  
en un *Mercedes* verde.  
Volver a *Dar Quebdani*.  
La garza bajo el puente y  
el olor de la cebada.

El mirlo y su presagio,  
el peine que perdí.  
La cerda de jabata prometida.  
El peine que me hiciste  
con la dorsal de un pargo.

Saber cantar la historia de la tierra  
sobre la que camino.  
Saber que alguien me espera  
en el puerto de Nador.  
Contar tres abubillas sobre la misma rama.  
Que Farah no destroce más zapatos  
tan sólo para verle.

La miel bajo tus ojos de castaño.  
El sol desde el tejado de la casa del bosque.  
Tu mano iluminada,  
luciérnagas subiendo por mi pecho.  
La sombra de aquel árbol y  
el cuaderno perdido.

Corales y lentisco en mi garganta,  
la cinta de la tórtola en el cuello.  
Cruzarme a aquel muchacho  
de la camisa a rayas.



Pedirle con Yamila a la araucaria  
que cuide nuestros sueños.  
Pedirle que se cumplan  
que se cumplan  
que se cumplan.

Leer este poema y olvidarlo.

**Poema (Otra amiga me ha pedido que escriba un poema sobre la espera. No sé si ella pensaba en este tipo de espera, pero esto es lo que anoto sentada en la ventana)**

Cada mañana le arranco al bollo de pan recién hecho, aún caliente en mis dedos dormidos, la molla tierna y oscura de centeno.

La deshago despacio preparando un festín de pequeñas migajas que arrojo con cuidado al tejado de enfrente.

Durante meses he esperado sentada en la ventana —el cuaderno amarillo en el regazo, el pelo simulando las ramas de los fresnos, la taza hospitalaria del té verde. El cuerpo, todavía, oscuro y tierno por el sueño.

Una mañana, casi sin darme cuenta —lo que más se desea sucede siempre de ese modo— los pájaros llegaron.

## LA LETTRE (Versión epistolar del viejo cuento de hadas de la Babayagá, con heptasílabos en préstamo y como cierre de la poeta María Victoria Atencia)

*Mi querida abubilla,*

De vuelta de los campos, acaba la jornada y encuentro algo de tiempo para hablarte. Escucha. Así se van mis horas. Ir a buscar la leña muy temprano; acompañar a Fadoua y regresar a casa desde el pozo; coger, trillar, limpiar; separar cada grano, cada piedra; humedecer el barro antes de echar el trigo y darle culto al fuego hasta que el horno alcance el calor mismo del infierno. Tostar y recoger; cerrar bien cada saco; ordenar la despensa casi a oscuras; preparar la harira de la noche.

Regresar a la era y amontonar la paja, que será el alimento durante el frío invierno de las bestias. Por último, sacar de los establos la mierda de los burros. Juntarla. Amontonarla. Mezclarla con la tierra en la promesa incierta de lo que nacerá.

*Mi querida querida,* a esta hora de la tarde déjame que te escriba lo que siento en el pecho, lo que sabe mi cuerpo desde hace ya unos días. Si acabo mi tarea, podré seguir de pie. Ser la que para siempre se sostenga -mi lámpara encendida cada noche. Y si le digo al viento que cese, cesará. Y si me digo: ¡Sigue! Cualquier desolación ya tendrá otro sentido.

Hoy es seis de febrero, Ana querida, el aire sopla fresco y si esto que te escribo, —¿qué pudor puede haber ya entre nosotras?— *no es lo que me mantiene* al hilo de las horas, venga dios y me valga.

***Lo que una ama* (En respuesta-poema a una pregunta  
sagaz de la niña Navila de Taounil)**

Este mar que yo amo  
no tiene nombre.  
Ni tampoco esta playa,  
ni el camino de vuelta.

La isla en la que viví,  
la casa de madera que me cruje  
por dentro cuando duermo,  
tampoco tienen nombre.  
Las mujeres, los hombres que yo amo,  
la gata y la perrita cazadora  
que me hablan en los sueños,  
el pájaro y el árbol  
tampoco tienen nombre.  
Ni la cumbre ni el bosque de la noche,  
ni la ciudad pequeña  
más lejana del mar,  
ni el callejón oscuro  
en el que me abrazaba  
con el amor primero,  
tampoco, Navila,  
tampoco tienen nombre.

Pero tus ojos, sí.  
Tus ojos son la miel y  
la esperanza de esta tierra.

Tus ojos tienen nombre y  
son luz y palabra encendida  
en la noche que pasa.

## **Las pastoras lo saben**

Asomarse en la aurora a lo escrito en la noche con la taza de té como fiel compañera, resulta parecido a despertar de día en el refugio breve que encontramos ya tarde cuando nos sorprendió la lluvia de vuelta de los campos.